

## El Gento de Benalaz

A principios del siglo XX, hubo en nuestra sierra varios personajes famosos, pero hoy mi intención es hablar de uno de ellos al que conoceremos como *el Curandero*.

Su fama saltó fuera de nuestro término, y así acudían a su consulta toda clase de personas aquejadas de alguna dolencia o enfermedad. Vivía en una casa de campo conocida con su



mismo nombre y de la que aún hoy en día se conservan las paredes, y estaba situada en la partida de Faracuat frente a la casa que da nombre a la partida.

Si su fama era por entonces grande, el hecho que voy a narrar a continuación la hizo subir muchos enteros. Verán...

Por aquel entonces vivía en la casa La Capona una familia compuesta por un matrimonio y sus cuatro hijos, de los cuales tres eran varones y una, mujer.

Como la más pequeña era la chica a ésta, a pesar de no tener más que nueve años, le encomendaron la tarea de ir todos los días, con una burra cargada con cuatro cántaros, a la fuente cada vez que en la casa había necesidad de agua, por lo que, como mínimo hacía dos viajes diarios.

Todo transcurría con normalidad, hasta que un día tropezó el animal y fue a dar con sus huesos en tierra, lo que originó la rotura de los cántaros y lo que fue peor: la niña recibió tal impresión que perdió el habla, o sea, se quedó muda.

Los padres, no es necesario decirlo, recurrieron a todos los médicos de la zona, pero nadie pudo solucionar el problema por lo que pensaron acudir al



*Curandero*. Enterados de que éste visitaba sus enfermos en Benalaz hacia allí se encaminaron para que aquel le hiciese un reconocimiento.

Una vez informado del motivo que ocasionó la mudez de la joven, sentenció de forma tajante:

- *Si una impresión fuerte ha sido la causa de la mudez de la niña, otra tan fuerte como la primera se la devolverá.*

Y el tiempo le dio la razón, como verán a continuación.

Conforme la niña fue haciéndose mayor, sus padres la ascendieron de categoría dentro del clan familiar, y pasó de aguadora de la casa a pastora del rebaño de ovejas que tenían. De esta manera, todos los días, durante el verano, hacía el sestero en el pozo de Las Carreteras, donde coincidía con un pastor poco más o menos de su misma edad. Como es lógico y natural, poco a poco fueron cogiendo confianza el uno con el otro, hasta que se enamoraron. Una tarde, en lo más dulce del idilio, el pastor le dio el primer beso y, poco a poco la cosa fue progresando hasta

llegar a intimar de tal forma que un mediodía llegaron a efectuar el acto sexual. Y en el momento preciso de conseguir el orgasmo, fue tan grande la impresión que pudo lanzar el grito de:

- ¡Ya está!



Y así recuperó el habla para el resto de su vida con lo que hizo bueno el vaticinio del famoso sanador. La noticia corrió como la pólvora por toda la sierra, de modo que, cuando llegó a los oídos de éste, preparó un viaje a La Capona con el fin de hacer una visita a la familia y así, darles la enhorabuena.

Cuando llegó la casa estaba toda llena de gente y, entre ellos, los padres del enamorado pastor, que él había visitado ya en Benalaz por unas fiebres que padecía. Entonces le dijeron que, otra vez estaba el joven siendo víctima de las fiebres que lo aquejaban justamente en verano cuando llegaba la siega de los cereales.

A la vista de esto y, ya que La Capona está muy cerca de Benalaz, decidió hacerle una visita al enfermo y poder comprobar en qué estado se encontraba éste. Cuando llegó al caserío, acompañado de los padres del enfermo, y visitó al mismo vio que, efectivamente, su fiebre era muy alta. Entonces le pidió al joven que se levantara de la cama y se lavase todo el cuerpo. Aquello, extrañó a todos los presentes y, mucho peor: que el chico se negó tajantemente a hacerlo. Sin embargo, fue tanto el empeño que puso el *Curandero* en que lo hiciese que no tuvo más remedio que ceder. Salieron sus familiares de la estancia y quedaron los dos solos. Entonces, al levantarse el chico de la cama, vio el otro como de sus sobacos caían dientes de ajo, causa y motivo de la fiebre que padecía. Porque sabido es que éstos, al roce con el cuerpo, producen una fuerte subida de la temperatura, sobre todo si se hace en un sitio resguardado de los aires.

Y así fue como se descubrió el truco que empleaba el joven para librarse de los trabajos de la siega todos los años, copia exacta del que hacía el hermano cuando hizo la mili para librarse de muchos servicios y que conoció por él.

Lo curioso del caso es que, al pastor se le conocía por toda la Sierra como “**El tonto de Benalaz**”, por lo que yo les pregunto a ustedes: ¿estaba tonto cuando se libraba de la siega cada año e hizo hablar a la muda de la Capona?

Por la transcripción  
José M<sup>a</sup> Simón Llácer